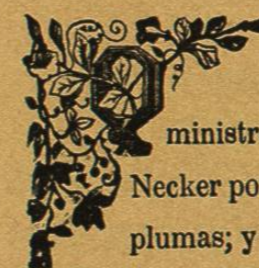


de igual mes, en que se proclamaron, como consecuencia de la indispensable abrogación del feudalismo, los humanos derechos. Muchas proposiciones pidiendo la declaración de derechos, habíanse presentado al Cuerpo Constituyente. Las tres capitales fueron de Sieyès, de Mirabeau, de Lafayette, quien muy penetrado por las ideas americanas, añadía con empeño al conjunto de libertades necesarias al derecho de resistir por todos los medios imaginables á la tiranía. Una comisión especial se había nombrado para examinar estas proposiciones y dar dictamen sobre su precioso contenido. En Mirabeau recayó la secretaría de tal comisión, y, como secretario, evacuó la consulta y redactó el dictamen. Creyólo poco feliz el Congreso en este trabajo, y mostró no estar satisfecho. Herido en su exagerado amor propio, quiso que la declaración sirviese de apéndice, y no de prólogo á la Constitución. Pero, como la mayoría pensaba precisamente lo contrario, las declaraciones de derechos se discutieron largamente con mucho cuidado en cada sección; sometiéndose á la Cámara un proyecto, emanado de la sexta, y recibido por todos con grandísima complacencia. El nombre de Dios campeaba, como numen divino, á la cabeza del Decálogo de los derechos humanos. Las discusiones se animaron mucho, y las ideas difundieron sus rayos luminosos y sus acentos sonorísimos por todas partes. Cristalizábase allí la filosofía con todos sus transcendentales principios, concretada en leyes que son hoy como el seguro de nuestra honra y alma. Aforismos que hoy nos parecen evidentes, como que está permitido todo lo no vedado expresamente por las leyes; como que la pena debe resultar en proporción y congruencia con el crimen; como que son reos de verdadero delito y justiciables los funcionarios desconocedores del derecho; como que la comunicación del pensamiento por la prensa debe gozar de una libertad semejante á la gozada por la comunicación del sonido en los aires; aparecían en aquel momento como grandes novedades, santos gérmenes de una venidera sociedad, mucho más justa y mucho más libre que las sociedades antiguas. Cuando ahora tenemos un hogar, sellado en tal manera, que aparece inviolable como un verdadero santuario; cuando marchamos por una vía de igualdad, que se halla tendida sobre las quebradas y junto al abismo del viejo privilegio abrogado; cuando declaramos la capacidad de todos los ciudadanos para ejercer los cargos públicos sin preeminencia ninguna proveniente de la posición y de la sangre; cuando poseemos una conciencia y un pensamiento libres, sin que nos vayan en lo escrito á la mano instituciones como la Censura ó la Inquisición; cuando somos dueños de nuestra libertad individual, y no podemos temer, ni al tormento y la infamia, solemos olvidarnos de los días santos y de los genios creados que nos han traído todos estos bienes, y que han roto aquellas cadenas y mordazas que nos tenían en perpetua servidumbre, haciéndonos más dignos de la dignidad de hombres, y colocándonos en la escala del universo más cerca de Dios. ¡Llor á la inolvidable revolución francesa! Pero no adelantemos los hechos, volvamos al tiempo que venimos historiando y volvamos á los Estados generales la vista y á sus causas.



## CAPITULO VIGÉSIMO

El estallido de la revolución.



UÍEN debe reemplazar á Calonne? Aún quedaban un ministro de la Corte y un ministro de la opinión. El ministro de la opinión era Necker; el ministro de la Corte Lomenie. A Luis XVI le disgustaba lo mismo uno y otro; Necker por protestante; Lomenie por arzobispo. Las aves respiran hasta por las plumas; y las ideas entran, como los alimentos, por todas las fibras del cuerpo, después de haber entrado por todas las fibras del alma. Como se hacen movimientos automáticos para libertar nuestra pobre máquina de golpe inminente, hace un rey, identificado con su oficio, movimientos automáticos para preservar de un seguro daño el trono. Aunque devotísimo Luis XVI había respirado por todos sus poros las ideas del siglo décimo-octavo y no quería eclesiásticos en el gobierno. Aunque perezoso, hasta llegar á inerte, conocía los peligros con que le amenazaba, así el ministro de la opinión, como el ministro de la corte, y les huía el cuerpo á los dos. Sin embargo, cayó en uno y en otro, arrastrado por la fatalidad. No han tenido estos prosaicos Borbones modernos para sus tragedias los inmortales trágicos que pusieron en el teatro griego las trágicas de los poéticos atridas antiguos. Pero nunca se vió tanto esa Nemesis alzada sobre la Historia en el tiempo y sobre la naturaleza en el espacio, que Grecia divinizó en sus tragedias. Luis XVI, contra su conciencia y contra su voluntad, fué arrastrado á una encadenada serie de terribles hechos que lo arrastran al patíbulo. Tenía en estos momentos razones múltiples para que le repugnaran el calvinista y el arzobispo. Los talentos de Necker le pla-

cían; pero le desplacian las petulancias. Mas no cesaba en éstas el principal motivo de sus repugnancias; el principal estaba en un rebajamiento inevitable de su dignidad real, llamando á Necker y devolviéndole la cartera. El hacendista, ya lo hemos recordado, malherido por las imputaciones del déficit á su gestión del ministerio, habíase defendido en una *Memoria* impresa, cuya impresión le costara un destierro, á cuarenta leguas de París. ¿Cómo del castigo lo llamaba súbitamente al favor? Y el otro, Lomenie, se le aparecía como un cardenal Rohán, por sus volubilidades y por sus vicios. No había remedio: el destino empujaba con fuerza invencible al Rey hacia la Revolución. Los ministros de la opinión, Turgot y Necker, le habían sublevado la corte; los ministros de la corte, Calonne, por ejemplo, le habían sublevado la opinión. Y Lomenie le debía sublevar á las dos; le debía sublevar la corte y la opinión. Ambicioso este hombre, con ambiciones aquejadas de codicia y de vanagloria; gustándole hacer grandes papeles, más por ostentar sus vanidades ante todos que por conseguir un poder efectivo sobre todos; tortuosísimo, como una culebra, en las vías que llevaban á los logros de sus deseos; paciente, hasta extinguir á la vista de los demás el volcán de sus desasosiegos é impaciencias; incierto entre la religión y la filosofía; tan amigo de los mecánicos jesuítas como de los exaltados librepensadores; economista por sus ideas, y del vigente régimen económico partidario por sus intereses; bueno y hábil conversador cuando la conversación preparaba el advenimiento de la prensa, y los salones el advenimiento de las Asambleas; con una ciencia vana, pero variada, y un maquiavelismo criminal, pero hábil, había pasado desde su diócesis en Tolosa fácilmente á las Asambleas de Notables, y desde las Asambleas de Notables al poder y al gobierno.

El ministro Lomenie, decía Beaumarchais, con sus arreos pontificales, su báculo, su anillo y su mitra, era un grande majadero; pues imaginaba que así como había estado en su mano colmar las ambiciones propias, estaba en su mano cobrar el déficit de la Hacienda. Al poco tiempo, las dulces emociones que el poder despierta, volaron y sobrevinieron los tristísimos apuros. La convocación de los Estados Generales fué su obra política. Hecho esto, no hubo más remedio que despedirlo y llamar á Necker, agrandado en la desgracia. El reinado de María Antonieta resultó tan fugaz como su juventud, y su poder tan frágil como todas las ilusiones. Era el 25 de Agosto de 1778. La Reina, después de haber saludado al nuevo primer ministro, que le prestaba homenaje, pudo oír á la puerta de la cámara, en los corredores del palacio, un grito que se extendía por los jardines, que pasaba á las calles, que corría por los caminos, que resonaba desde Versalles á París: «¡Viva Necker!», ministro impuesto por la opinión y odioso á la corte. Este grito quería decir que los poderes hereditarios, de privilegio, de casta, hasta entonces encerrados en una infalibilidad, la cual duraba mucho arriba á causa de las creencias de abajo, iban á ceder su puesto á otros poderes surgidos de aquel inmenso y obscuro océano que en el lenguaje revolucionario se llamaba la voluntad del pueblo, y realmente era la vida y el espíritu de toda la

sociedad. Si el Rey no podía, no valía, no sabía más que todo el mundo, su poder absoluto estaba perdido. Los hechos tienen su lógica que los enlaza y forma la serie como las ideas tienen su dialéctica que forma y compone un sistema. Llamado Necker por el Rey, la nación debía ser llamada á su vez por Necker. Lomenie había arrojado la flecha del partho al despedirse, dejado tras sí la convocación de los Estados Generales y el nombramiento de Necker. Grande en popularidad éste no tenía para qué temer al pueblo, resuelto y decidido por su primer ministro, reflejo del alma nacional sobre el trono. La alegría por su advenimiento y por la despedida del arzobispo rayaba en exaltación, y esta exaltación, como todas las pasiones violentas, engendraba el desorden. Petardos que atronaban los oídos, cohetes voladores que culebreaban por los aires, vidrios que volaban en mil pedazos, maniqués en traje de arzobispo que ardían por los puentes, grupos que cantaban y gritaban por las calles forzando hasta á los príncipes y princesas de la sangre á dar sus gritos favoritos, despertaban en París las iras de los guardias del Rey hasta el punto de provocar varias cargas de caballería, las cuales dejaban algún cadáver que en la callada noche iba á parar á las verdosas aguas del Sena.

Esta pobre Reina, cuya trágica memoria tanto culto despierta, y cuyo desastrado fin tantas lágrimas extrae de las almas dulces y tiernas, iba derechamente al abismo. En tanto que repugnaba el Rey entregar á un Lomenie la gobernación pública, ella le protegía, no escarmentada de prelados y prelacías que tan caras le costaron ya con el infame cardenal Rohán. Y sus defensores dicen que no era ciertamente la culpa de María Antonieta; que la culpa del engaño provenía de los juicios dichos respecto del prelado por todas aquellas gentes que la circuían. Choiseul, ministro de Luis XV, por quien la Reina tuvo preferencias justas, pues apercibió las alianzas con Austria, y arregló su casamiento con Luis XVI; el Emperador José II, tan influyente por su hermana y que tantos consejos le dirigía desde Viena; Turgot y Malesherbes, tan conocedores de la ciencia y de la virtud humana, aunque apenas conocieran á los hombres; Maurepas mismo; todos cuantos rodeaban á la Reina y podían sugerirle un criterio sobre personas y hechos, le alababan á Lomenie con encarecimientos grandísimos, teniéndolo por uno de los primeros estadistas que había dado Francia de sí en aquella perturbadísima época. La Reina de ningún modo podía sobreponerse á pensamientos y á ideas de tan profundo arraigo y de tan lata extensión. Aunque aquellos que más enemigos se mostraban de todas cuantas hechuras tuviera en el gobierno Antonieta, como el mismo Necker en persona, urdían intrigas é inventaban varias combinaciones para entrar en el ministerio con Lomenie. Así, hubo grandes funcionarios de la corte; asistentes á las regias cámaras, hechos de tal plan solícitos servidores, y que allanaron el camino al arzobispo, con la condición de que, á los tres meses del arribo suyo al poder, había de influir para que nombrasen á Necker ministro de Hacienda. El Rey tuvo que ceder á la presión ejercida sobre su ánimo por la Reina; y la Reina tuvo que aparecer como protec-

tora y Providencia del peor entre todos los ministros. Y esta deficiencia de arriba provocaba la indeclinable aparición del elemento de abajo. Aquello, que no podían hacer los Reyes, hacíalo, sin remedio, la nación. El principio monárquico iba transponiendo los horizontes, cual un astro que á su ocaso camina; la nación se iba levantando por el Oriente. Convocarla, reunirla, entenderla; de todo esto se trataba en este minuto supremo.

Entre tantas agitaciones, dos palabras comenzaban á difundirse de labio en labio, la palabra patria y la palabra pueblo. Joulon, al escuchar esta segunda palabra tantas veces repetida, decía con rabia: «que coma heno el pueblo.» ¡Insensato! Había comido ya demasiadas ideas para mantenerse de tan vil pasto. Y el viejo cortesano duque de Richelieu, al ver la monarquía decaída y exaltada la nación, exclamaba en su lecho de muerte, cuando ya se le huía el alma: «¡Si Luis XV lo supiera!» No debiera extrañarle nada, pudieron haberle respondido, si supiera también cómo degeneraron los grandes hombres y qué distancia había entre el cardenal y el duque de Richelieu. Una de las ideas á que Lomenie se aferrara más en su breve ministerio, la idea de pedir consejo á la nación sobre todos los problemas pendientes, agitó los ánimos con profunda agitación. El mar está dormido; ni un rizo en su tranquila superficie, ni una espuma en los rizos, ni una ondulación siquiera; mas las olas se levantan, los abismos se abren, las aguas hierven porque de los cielos ha soplado el viento que necesita para agitarse y no corromperse el Océano. Y lo mismo sucede con las sociedades. Todo está tranquilo. A costúmbranse los hombres á sufrir instituciones, á las cuales han nacido sujetos. Los hábitos de la servidumbre se confunden de tal manera con la misma vida, que no podrían faltar sin que los echaran de menos los siervos. Mas de pronto, en la ergástula obscura, en la conciencia dormida, misteriosamente, á la callada, se desliza como un céfiro que llevara extraños gases, la idea impalpable, la idea etérea que despierta la conciencia, que enciende las pasiones, que eleva los ánimos, y la sociedad entera decididamente en las revoluciones, cuyo empuje aparece tan avasallador como el mismo empuje de la tormenta; y al cabo, si agita y remueve, también renueva y purifica la vida. Sabemos por la física el círculo de las lluvias; cómo el sol arranca sus vapores á los abismos y los eleva á los aires; cómo los aires de nuevo los condensan y los envían en lluvias ó en nieves á la tierra que los recibe y se aviva á su virtud creadora, y se fecunda con gran fecundidad. Pero no sabemos qué sol extrae los vapores de las ideas á la conciencia; qué aire los condensa, qué lluvia los envía al seno de las sociedades y los convierte al cabo en vivientes instituciones. Una ley, si no del origen de la difusión de los pensamientos, cumpliase en esta hora suprema. Habíase pedido consejo á la nación, y los libros, los discursos, los folletos, los periódicos, las cátedras, las reuniones, los miles de medios que tiene la propaganda, defundían la idea de aquel siglo, que se quebraba en varias manifestaciones como la luz en matices. Así la idea bajaba hasta lo más profundo de la sociedad y se esparcía entre las muchedumbres.



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-PRIMERO

Las condensaciones revolucionarias.

La convocación de los Estados Generales aparece como el instante supremo y el capital condensador de la Revolución. Desde el Estado-Dios, hecho hombre, por milagro, en un Monarca de derecho divino, pásase al Estado pueblo, que representan las grandes Asambleas políticas. ¿Cómo se ha verificado esta increíble transformación? ¿Cómo desde una monarquía tradicional y desde una Iglesia interesantísima, de Francia, y con Francia Europa entera, en el régimen parlamentario, donde aparecen las naciones sobre los Reyes, y entre los tiempos históricos y los derechos humanos se traza un pacto, que no será el contrato social de Rousseau, pero que será el Código fundamental de los pueblos libres? Grandes pensadores, al buscar el origen de la revolución francesa, le trazan un árbol genealógico semejante á esas cartas de nobleza donde constan cien abuelos del noble, y á esas genealogías litúrgicas que arrancan de Noé ó de Abraham, y concluyen por varias ramas y entroncamientos en la Divina Persona de Jesús. Para estos pensadores, mézclanse, como afluentes de la revolución francesa en los comienzos de la historia moderna, el espíritu clásico, el espíritu cristiano, el espíritu germánico. Los heleno latinos dejan las formas republicanas y el derecho civil como sedimento de su vida en la vida moderna; los católicos, la divinización del principio democrático por excelencia, de la igualdad; los germanos, el profundo sentimiento de individualismo, en cuyos senos habrán de arraigar las libertades modernas. Pero este trino espíritu no basta, según estos pensadores, á explicar la revolución. Como